

Herminio Barreiro

La Educación como diálogo

[Entrevista]

Gena BORRAJO

Es profesor de universidad desde hace muchos años, pero nunca ha abandonado su vocación de maestro, profesión que ejerció en la primera etapa de su carrera. Concibe la educación como un poder capaz de cambiar el mundo. En el día a día posee una habilidad especial para comunicarse con sus alumnos y hace del diálogo su principal instrumento de enseñanza. Quienes han pasado por sus aulas dicen de él que es una persona próxima y afectuosa.

¿Cuál es su secreto para conectar tan bien con los alumnos?

Supongo que es una cuestión de carácter, de temperamento; o de talante, como se dice ahora. Para mí la pedagogía debe revestirse de amor, de pasión y de entusiasmo. El alumno no puede resultarle indiferente al profesor porque es necesario establecer una comunicación con él. Siempre me he planteado la educación como diálogo, no como imposición. En educación no se puede imponer nada. Por eso tampoco creo en un sistema de premios y castigos, y aún menos sólo de castigos. Creo que, de aplicar algo deberían ser sólo premios, y destinados a los que se animan al estudio, a los alumnos se les debe enseñar a sentir la satisfacción del obstáculo superado y del deber cumplido.

De obstáculos, usted sabe mucho. Curso 2003-2004: una matrícula de casi mil chicos y chicas y una experiencia que usted ha calificado como la más gratificante toda su vida académica.

[Su cara se ilumina] Sí, se trataba de una asignatura de libre configuración. Fue un verdadero aluvión. Desde primeros de septiembre mi despacho se llenaba de alumnos a todas horas. Era como dar clase toda la mañana y toda la tarde. Llegó octubre y la marea estudiantil no paraba. Me puse en contacto con el departamento de matrículas y me explicaron que se había producido un *boom* y que no podían pararlo porque la asignatura figuraba "sin límite de plazas". Sé que en ello tuvieron mucho que ver los móviles y el hecho de que la comunicación entre los jóvenes estaba aún muy viva, tras el movimiento estudiantil de protesta contra la LOU. El mensaje que se transmitían, era el siguiente: "En Ciencias de la Educación hay un profesor que no suspende y que si no puedes ir a clase, te atiende a otra hora". La noticia corrió como la pólvora a través de todas las Facultades y así fue como llegaron estudiantes de todas las carreras.

¿Cómo pudo atenderlos a todos?

Ante todo manteniendo la calma y asumiendo que tenía que responder a los alumnos de la mejor manera posible. En septiembre ya había atendido a quinientos. A los que quedaban -alrededor de cuatrocientos- los convoqué a una asamblea y les ofrecí un programa diversificado. Incluso hicimos alguno personalizado para estudiantes que solicitaban un trabajo que conectara su disciplina con la Historia de la Educación. Cada uno eligió la opción que más se acomodaba a sus intereses. Para el seguimiento combiné sesiones presenciales con consultas a distancia. Esto supuso atenderlos todos los días de la semana durante cuatro meses y sin dedicarme a otra cosa. A partir del 11 de enero, fecha de entrega de los trabajos, me pasé dos meses leyendo. Luego, llegó el momento de pasar las notas, que resultó toda una aventura por el volumen que alcanzaba el tema. Nada más acabar, me enfrasqué en la redacción de una memoria que luego distribuí entre todos los alumnos y alumnas. En ella recogía los datos y observaciones de una experiencia única e irrepetible porque ahora la asignatura ya figura con límite de plazas.

“¡Aleluya! Hay un profesor que quiere escuchar mis pensamientos”, son las palabras de una de estas alumnas. ¿Cree que los universitarios hablan poco en las aulas?

[Sonríe] Esto lo dijo una alumna de periodismo. Sí, hablan poco y creo que hablarían más, si se les escuchara. Los profesores deberíamos replantearnos el currículum. Pienso que las lecciones magistrales son necesarias para dar una información condensada sobre aspectos del saber que los alumnos por sí solos no pueden encontrar, o que tardarían mucho en recopilar. Sin embargo, las clases magistrales deberían ocupar menos tiempo. A los estudiantes universitarios tendríamos que proporcionarles una enseñanza activa, lo que significa rodearlos de un entorno en el que escuchen menos y tengan la oportunidad de hablar más.

Y las emociones, ¿entran en las aulas?

Creo que en los últimos tiempos las cosas están cambiando. Desde que aparecen tratados sobre inteligencia emocional o a partir de una teoría de los sentimientos, que diría Carlos Castilla del Pino, empieza a haber una educación sentimental complementaria de la intelectual. La ciencia pura y dura se va aligerando gracias a esta corriente de emociones y afectividad que se debe tener siempre presente en la docencia, a cualquier nivel, incluida la propia universidad. Un estudiante que se aburre, aprende poco. Los alumnos aprenden más cuando están motivados y la motivación es una cuestión intelectual, pero también emocional.

Usted propuso a sus alumnos un trabajo de análisis del sistema educativo a partir de sus propias vivencias. El sistema no sale bien parado en este envite. ¿Dónde centran las mayores críticas los estudiantes?

El trabajo era sobre Primaria y Secundaria. En general fueron más duros con Secundaria. Critican el excesivo autoritarismo, la falta de sintonía y comunicación del profesorado con los alumnos, la falta de sensibilidad hacia su problemática general y los métodos de enseñanza. Incluso detectan falta de preparación de los docentes. Hay que destacar que

el trabajo era voluntario y que los que participaron era gente que lo pasó muy mal o que lo pasó muy bien, gente muy quemada o muy satisfecha. Entre los muy quemados salen críticas durísimas hacia la enseñanza en centros religiosos. Bien es verdad que entre ellos también hay un sector que reconoce la utilidad de los hábitos adquiridos en estos centros, pero la mayoría vierten críticas muy fuertes. Con respecto a la enseñanza laica lo que más se critica es la sensación de abandono y, como dije, la poco cuidada relación personal.

Siempre ha reivindicado la importancia del maestro en la formación de las personas. ¿No cree que en la actualidad el maestro ha perdido peso como educador? ¿Cuál es el problema?

El papel del maestro ha cambiado. Piaget habla de la conveniencia de que los maestros sean orientadores y críticos del saber. Y creo que la labor de orientación y de crítica son dos cometidos determinantes que hoy aparecen muy difuminados. El alumnado recibe ingentes cantidades de información por vías diferentes a la escuela y ésta no ha sabido adaptarse a la nueva realidad. Da la impresión de que el sistema educativo compite con los medios de comunicación, y este no es el camino. La escuela deberá considerar la actual realidad social y actuar como filtro. Es verdad que sería necesario perfilar bien este cometido en la carrera docente de los maestros. El currículum actual es excesivamente rancio y había que adaptarlo al nuevo escenario. Los maestros deberían ejercer con mayor contundencia la crítica a toda esa información y enseñar a los alumnos a ser críticos.

¿Cree usted que la Universidad debería educar más?

Sin duda. Creo que el papel formador de la Universidad es importantísimo. Ortega y Gasset habla de la misión de la Universidad como fuente de investigación, como difusora de cultura, como creadora de valores y como voz ética de la sociedad. Sin duda esos son cometidos ineludibles, pero hay otro importantísimo que no debería descuidarse: la educación de sus alumnos. Los estudiantes no llegan a su plena madurez hasta los 21 años aproximadamente, y esto se produce en tercero de carrera. Hasta ese momento los chicos y las chicas no divisan el horizonte con claridad y necesitan apoyo. Son unos años muy importantes para lograr su plena madurez. ¡Ni nos imaginamos cuánto puede dar de sí una persona durante los tres primeros años de Universidad!

Entre el conjunto de tareas propias de la Universidad, que propugnaba Ortega y Gasset, y que usted retoma ¿dónde situaría la atención a los alumnos?

En un primerísimo lugar, porque los alumnos son la esencia misma de la Universidad. Cuando Giner de los Ríos habla del origen de las Universidades dice que puede haber Universidad sin edificio, sin bibliotecas, incluso sin profesores, pero que no puede haber Universidad sin estudiantes. Y esto no es ninguna metáfora. Tenemos un ejemplo en la "Corporación de Estudiantes de la Universidad de Bolonia", que nació como Universidad sólo de estudiantes. Allí los alumnos se organizaban en cooperativa por medio de lo que se llamaría, más tarde, enseñanza mutua. Era un sistema casi autodidacta. Creo sinceramente que los alumnos son lo más importante y que deben ser respetados y queridos.

¿Qué les diría a los que creen que la juventud de hoy no está comprometida, no tiene valores, no se esfuerza...?

Que tenemos una tendencia a juzgar a la juventud con un rasero adulto. La juventud casi siempre tiene razón, porque responde a lo que le dan y refleja la sociedad en la que vivimos. Cuando se muestra indiferente es porque no hay nada que merezca su atención. Tiene que darse una circunstancia que la mueva a mostrar su enorme capacidad crítica. “Una sola chispa puede encender la pradera”, que diría Mao Tsé-Tung. Prueba de ello es lo que ha pasado en los últimos tiempos.. Después de un largo período de pasividad juvenil, se dan circunstancias como la LOU, el *Prestige* o la guerra, y la juventud sale a la calle mostrando su lado más romántico e idealista. Es, sin duda, la etapa del ser humano en la que los ideales están más presentes. Por eso el romanticismo se identifica tanto con los jóvenes. La doble moral rara vez está presente en sus vidas, porque son más puros, más diáfanos, más directos e idealistas. Son, en definitiva, los amos del futuro y a ellos corresponde imaginar lo mejor de lo mejor.

¿En que momento descubre usted su vocación por la enseñanza

Yo he vivido en una familia de educadores. Mi padre fue maestro de la República, y por ello, sancionado y apartado de la docencia durante mucho tiempo. Mi madre también es maestra, y aún hoy con 96 años sigue dando lecciones a sus hijos, ya mayores. Puede decirse que he vivido la pedagogía desde niño y en casa. Empecé a dar clases desde muy joven, pero mi vocación ha ido creciendo con el paso de los años. Al principio quería ser profesor, pero también periodista. De hecho simultaneaba la escritura con las clases. Sin embargo, el ejercicio docente, con sus obstáculos y sus gratificaciones ha ido fraguando mi amor por la enseñanza. Hasta tal punto es así que hoy, al final de mi carrera, puedo decir que tengo más vocación que cuando empecé.

Dice que quiso ser periodista

Sí. A los dieciséis o diecisiete años ya me apasionaba escribir. Comencé con prosa poética. Más tarde publiqué artículos en periódicos gallegos, como *Litoral*, *Faro de Vigo* o *La Voz de Galicia*. Pero, como digo, con el tiempo la docencia me fue absorbiendo y dejé de hacerlo.

¿Su ideología también se fragua en la familia?

En parte sí. Mi padre tuvo una militancia socialista y republicana muy clara y activa. Por otro lado, desde muy joven, me aficioné a la radio. Puede decirse que soy producto de Radio Moscú y Radio La Habana. Comienzo a leer a Marx en la adolescencia. En el año 56 aparecen los barbudos y Fidel Castro en Sierra Maestra, en Cuba. Por entonces yo publicaba en el semanario *Litoral* y en la imprenta me encuentro con un reportaje sobre Fidel, titulado “La revolución más romántica de la historia”. A partir de ese momento me quedo enganchado a los barbudos y a la revolución cubana.

Se engancha a la revolución cubana en su etapa más romántica. ¿Cuál es su valoración del país en la actualidad?

Cuba está pasando por una situación de penuria material muy grande, pero dispone de un capital humano muy culto, muy educado e instruido; y un pueblo que es capaz de desarrollarse culturalmente, no tiene problemas con lo material. Es más difícil salir de la indigencia cultural que de la material. Un pueblo instruido sabe salir del subdesarrollo, mientras que un pueblo no instruido, aun teniendo abundancia, no tiene posibilidades de mejorar porque lo que hace es despilfarrar lo que tiene. Cuba es un pueblo muy consciente de su situación, de sus carencias y de cómo abordarlas. Yo estoy convencido de que sabrá salir adelante.

Usted trabajó en Madrid como profesor de EGB y de Enseñanza Media. ¿qué extrae de aquella experiencia?

Probablemente replantearme muchas cosas y afianzar mis ideas de la educación como diálogo. En Madrid trabajé en un contexto complicado. Los alumnos presentaban problemas derivados de entornos sociales y familiares difíciles. Con frecuencia tenía que imponerme con rotundidad, lo que me generaba grandes dudas y contradicciones. Pero, al final, la experiencia me proporcionó una enseñanza muy importante: que la relación con los alumnos debía producirse en un entorno de afectividad. Aún hoy conservo gratísimos recuerdos de aquella época y mantengo relaciones de amistad con antiguos alumnos y compañeros.

¿Qué personas u obras le han influido en su trayectoria profesional?

[Se apresura a responder] Sin duda el seguimiento de la Revolución Cubana de 1959 y el trabajo de liderazgo de Fidel Castro. No he encontrado en toda mi vida un mejor instrumento de análisis de la realidad que sus discursos y escritos.

¿Qué le une a Francia?

Una buena relación profesional y de amistad con gente de ese país. Allí trabajé al inicio de mi carrera como "Lector de Español". Recuerdo con cariño las conversaciones que mantenía al atardecer con los alumnos, mientras paseábamos por las calles de Moutluçon y Avignon. Más tarde fui invitado a colaborar con Radio Pirenaica y a dar conferencias. Estos vínculos se han mantenido toda la vida y han significado mucho para mí, pues cuando me dediqué a estudiar la historia de la educación en Europa entré en una línea erudita de investigación sobre la cultura que yo había experimentado de una manera muy viva en los años 60.

De sus líneas de investigación, ¿cuál ha contribuido más a mejorar su trabajo como docente?

Sin duda la dedicada a Lorenzo Luzuriaga porque está más relacionada con la tradición republicana. Es la que me propone una pedagogía, casi como utopía, de la escuela como razón de ser. Esto me lleva a preocuparme por cuestiones didácticas, por la escuela activa, y a ver la necesidad de transferir al aula todos los principios de los que me voy

empapando. Mis otras líneas de investigación están más alejadas de las aulas. Se refieren más bien a cuestiones de macroorganización escolar y de política educativa de los Estados. Sin duda, cuando confluyen de manera más estrecha investigación y docencia es cuando trabajo sobre Lorenzo Luzuriaga y el institucionismo como filosofía educativa.

¿Qué queda del legado educativo republicano?

Las consignas republicanas con respecto a la educación podrían resumirse en la lucha por una *escuela única*, una *escuela activa*, una *escuela pública* y una *escuela laica*. Como bien sabemos, sigue habiendo una escuela profundamente dividida -basta con mirar las tasas de analfabetismo en distintas partes del mundo-. Sigue existiendo una escuela pasiva en algunos centros educativos. Existe una escuela privada potenciada por ciertos gobiernos, y una escuela confesional -la batalla por la presencia de la religión en las aulas es una muestra de ello-. Los principios educativos republicanos están plenamente vigentes y debemos seguir luchando por ellos.

Desde que La República fija sus consignas para la educación hasta la actualidad se han ido sucediendo tiempos de avances sustanciales con períodos de grandes retrocesos. ¿No resulta difícil mantener el optimismo en este escenario?

Es cierto que en cuestiones de tanto calado social los cambios siguen una evolución muy lenta. También hay que tener en cuenta que España ha pasado por una guerra civil en la que se quiso liquidar, por ejemplo, la cuestión nacional mediante una represión despiadada. De hecho, aún hoy, en el año 5 del siglo XXI, aquella España no ha sido capaz de resucitar y recomponerse. Pero, precisamente por eso, es necesario mantener un nivel de optimismo que nos permita trabajar hacia el logro de una escuela mejor y para todos.

¿Cree que la escuela de hoy puede contribuir al fortalecimiento de la democracia?

Sin ninguna duda. La educación es, por lo menos desde Condorcet, uno de los derechos fundamentales de la Humanidad. Un derecho que contribuye a construir una sociedad más justa e igualitaria. Debe ser también una garantía de igualdad social y de defensa de las diferencias entre hombres y mujeres. Es, en definitiva, un elemento determinante para la transformación del mundo y para la conquista de la libertad. La educación es una necesidad vital en este momento histórico, en el bien entendido de que se trata de educar para ser nosotros mismos. Considerada así, la educación se convierte en el poder más grande, más incluso que el económico y el político, porque la educación es, sencillamente, el poder de la verdad.

Como estudioso de la institución escolar y de los sistemas educativos, ¿qué cree que le falta y que le sobra a la escuela de hoy para responder a las necesidades de la sociedad del conocimiento?

Quizá le sobra retórica y le faltan recursos humanos, que dependen de la política educativa de los Estados. Falta más atención personalizada, que debería llevar consigo una reducción del número de alumnos por aula. Debería haber más grupos de diversificación y

atención pedagógica que compensaran las carencias culturales de los hogares de muchos alumnos de Primaria, de Secundaria e, incluso, de Educación Universitaria.

Le propongo que imagine al profesor ideal. ¿Cuánto de técnica y cuánto de pasión?

Lo ideal sería un 50% de cada cosa, pero como mínimo debería haber una relación de 70 a 30. El profesor debe tener una buena formación científica y didáctica, sin la cual no puede instruir a sus alumnos. Pero hay otros aprendizajes que sólo se consiguen a través de los sentimientos. Para los alumnos el saber debe convertirse en puro deseo. Esto no se consigue, si el profesor no manifiesta entusiasmo en el desarrollo de su tarea. Por eso creo que la educación debe producir en el docente una emoción permanente. Sólo así se conecta con los chicos y se contribuye a su formación.

¿Qué mensaje le gustaría transmitir a la juventud de hoy?

Que sea auténtica, que sea fiel a sí misma. La búsqueda de la verdad es una cuestión filosófica, pero también ética. Hoy es difícil no dejarse manipular. En la sociedad existen potentes poderes creadores de opinión de los que debemos defendernos día a día. Pero, una vez más, apuesto por una juventud romántica, idealista, fuerte y capaz de mejorar el mundo. Por eso mi mensaje para los jóvenes es que sigan siendo como son.

Perfil biográfico

Herminio Barreiro es un gran conversador. Su discurso, un tanto salpicado de utopías, se toma realista y alcanzable por la fuerza de sus ideas y el entusiasmo con el que las defiende. Nace en Dorrón -Sanxenxo- (Pontevedra) en el año 1937. En Pontevedra estudia Magisterio antes de trasladarse a Madrid en 1958, donde se licencia en Filosofía y Letras y donde vivirá hasta 1976. En ese tiempo, además de trabajar en la Enseñanza Media y cursar estudios de Doctorado, se integra en el Grupo Brais Pinto, un colectivo multidisciplinar formado por escritores, pintores, críticos de cine, etc. En este colectivo, ocupado en tareas de renovación política y cultural de Galicia, descubre una conciencia nacionalista que hasta entonces no tenía. En 1971 se va a Cuba a recoger un premio, en La Habana, con motivo de la conmemoración del X aniversario de la victoria revolucionaria en playa Girón. Allí pasará un mes recorriendo toda la isla. En 1976 se incorpora a la Universidad de Santiago de Compostela como profesor de la antigua Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. En 1978 inicia su tesis doctoral, con una línea de investigación centrada en la renovación pedagógica en el primer tercio del siglo XX. Estudia la figura del pedagogo institucionista Lorenzo Luzuriaga y en 1982 presenta su tesis, que más tarde publicaría Edicións do Castro con el título *Lorenzo Luzuriaga y la renovación educativa en España 1889-1936*. Entre 1989 y 1992 colabora como articulista en *La Voz de Galicia* al tiempo que abre dos nuevas vías de investigación: Ilustración, revolución, educación, y La constitución de los sistemas educativos contemporáneos (S. XIX y XX).

(Entrevista publicada en *Cuadernos de Pedagogía*, nº 347, 2005, pp. 42-47. La entrevista original se ilustra con fotos del propio Herminio Barreiro.)